

EL BARCO
DE VAPOR

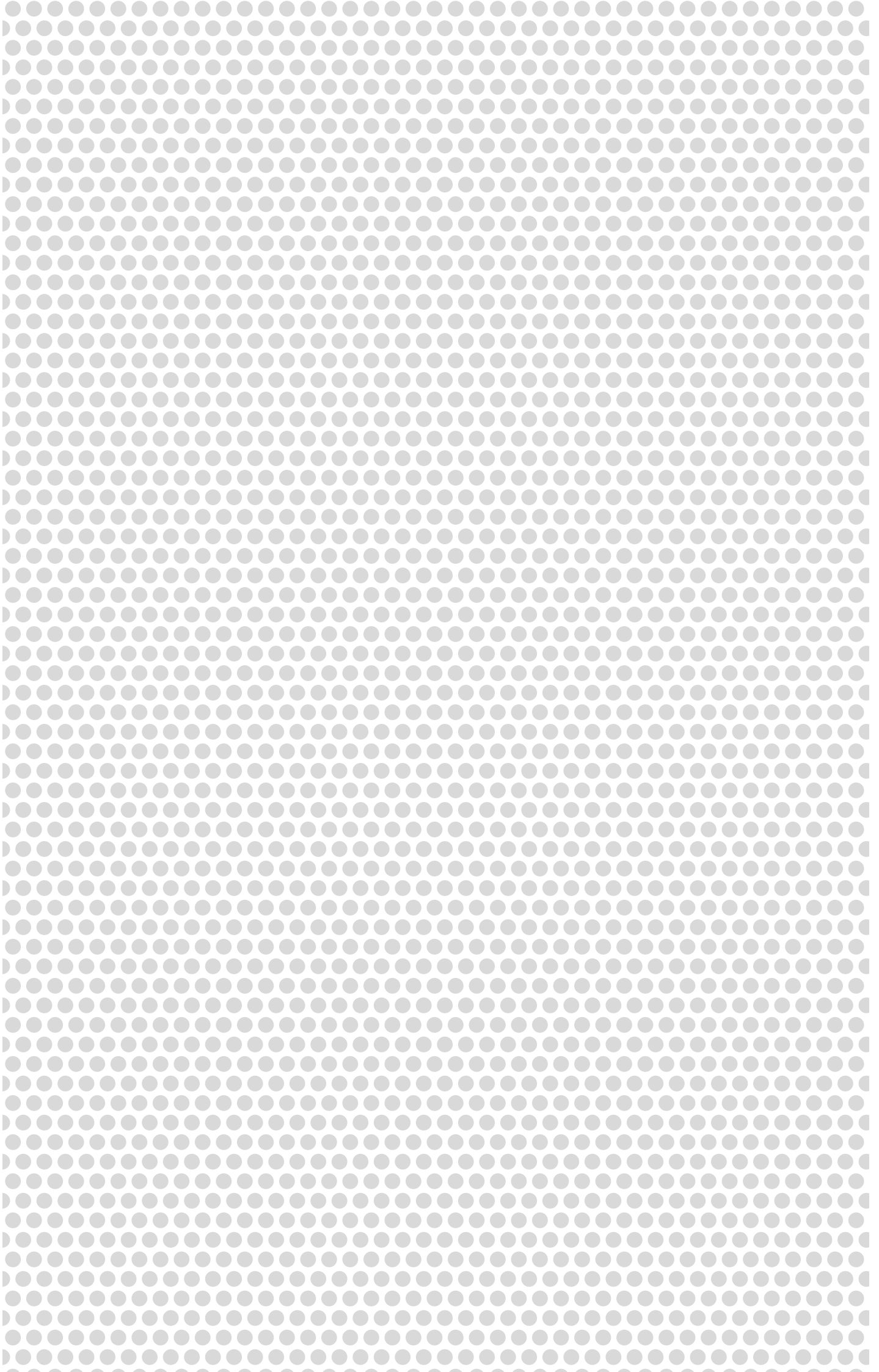
SERIE LILA SACHER

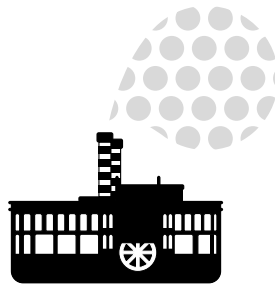
Lila Sacher y los Muelles del Horizonte

Catalina González Vilar

Ilustraciones
de Anuska Allepuz







EL BARCO
DE VAPOR

Lila Sacher y los Muelles del Horizonte

Catalina González Vilar

Ilustraciones de Anuska Allepuz



Primera edición: septiembre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Catalina González Vilar, 2016
© de las ilustraciones: Anuska Allepuz, 2016
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9046-3
Depósito legal: M-29195-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mi madre,
que con cinco hijos
siempre tuvo un minuto
para los atardeceres.*

● 1

UN POLIORAMA PANÓPTICO

LA PRIMERA VEZ que oímos hablar de Opalina, tío Argus y yo acabábamos de regresar de una expedición de dos meses por el interior de Groenlandia. Precisamente en ese momento estábamos descongelando nuestros calcetines frente a la chimenea de Emilia Pantingrem, farera del faro más septentrional de aquella inmensa isla.

Tío Argus es inventor, el mejor que yo haya conocido. Según él, no hay nada mejor para un inventor que mantener los ojos abiertos y las piernas en forma, ¿y qué mejor manera de lograr ambas cosas que viajar por el mundo? Juntos hemos cruzado selvas y desiertos, descubierto nuevos volcanes y realizado largas travesías en barco. Sin embargo, aquel viaje por Groenlandia había resultado especialmente duro. No solo por las interminables ventiscas, el inesperado encuentro con un buey almizclero y el alud del que habíamos escapado por los pelos, sino muy especialmente por la congelación completa y persistente de todos y cada uno de nuestros calcetines. ¿Hay acaso algo más molesto que tener día y noche los pies fríos?

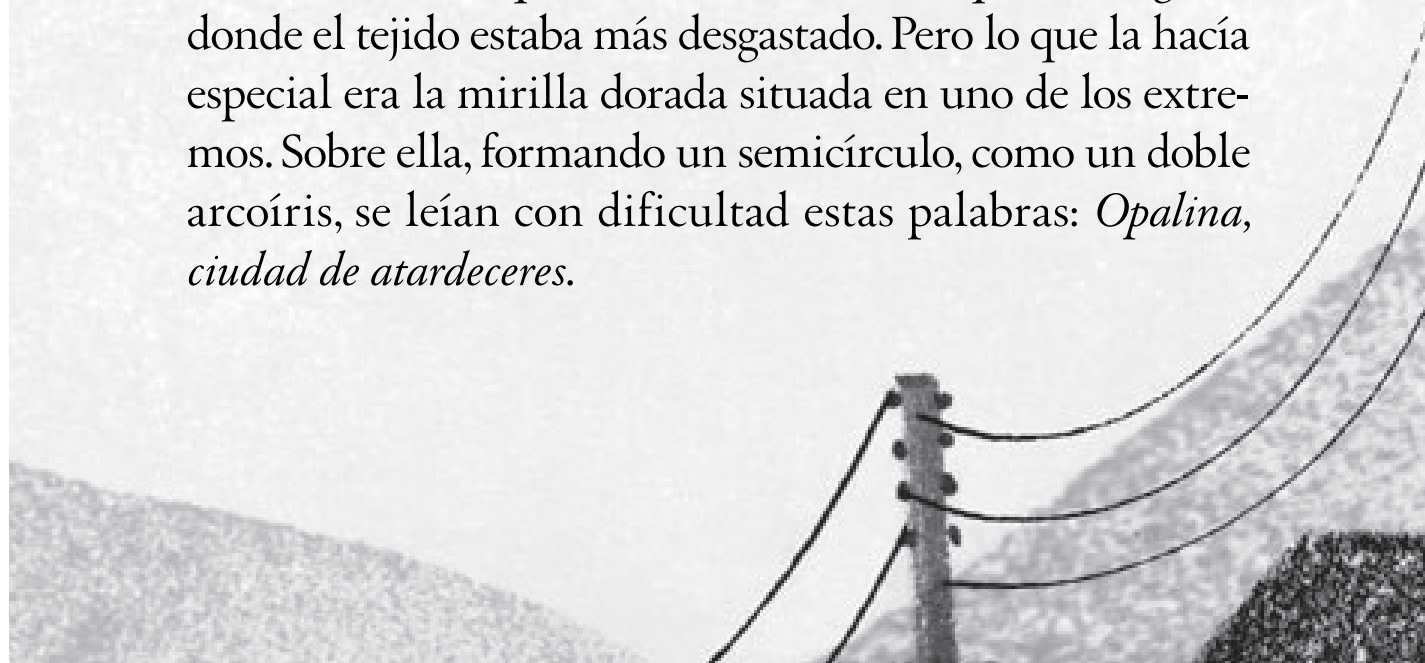
No es extraño, por tanto, que cuando por fin llegamos al faro de la señora Pantingrem me muriese de ganas de regresar a casa.

Se suponía que apenas nos hubiésemos recuperado, emprenderíamos el camino de regreso a Coto Redondo, donde aún teníamos que trabajar mucho para terminar de acondicionar nuestro nuevo hogar, una vieja granja llamada El Rincón de Maud. Desde que se había convertido oficialmente en nuestra casa, aquel era mi lugar favorito en el mundo.

Estoy segura de que tío Argus también echaba un poco de menos nuestro cobertizo, preparado para que pudiese trabajar en sus inventos; nuestra vieja y panzuda estufa, el nogal que crece junto al camino y que es lo primero que vemos cuando volvemos de alguno de nuestros viajes... por no hablar de las tardes en el almacén de Lucas y Regina, las fiestas en casa del juez Mangulis y las magdalenas de nuestro amigo Maud.

Pero aquella noche, en el faro, mientras descongelábamos nuestros calcetines delante del fuego, tío Argus se fijó en una bonita caja colocada sobre la repisa de la chimenea... y eso bastó para que nuestro viaje tomase un giro inesperado.

Resultaba evidente que no se trataba de una caja cualquiera. Era alargada, como si guardase un juego de palitos chinos, y estaba forrada de una tela azul claro, estampada con finas ondas que se desvanecían en aquellos lugares donde el tejido estaba más desgastado. Pero lo que la hacía especial era la mirilla dorada situada en uno de los extremos. Sobre ella, formando un semicírculo, como un doble arcoíris, se leían con dificultad estas palabras: *Opalina, ciudad de atardeceres*.



Poniéndose en pie de un salto y casi sin parpadear, como siempre que ve algún artilugio que despierta su curiosidad, tío Argus preguntó:

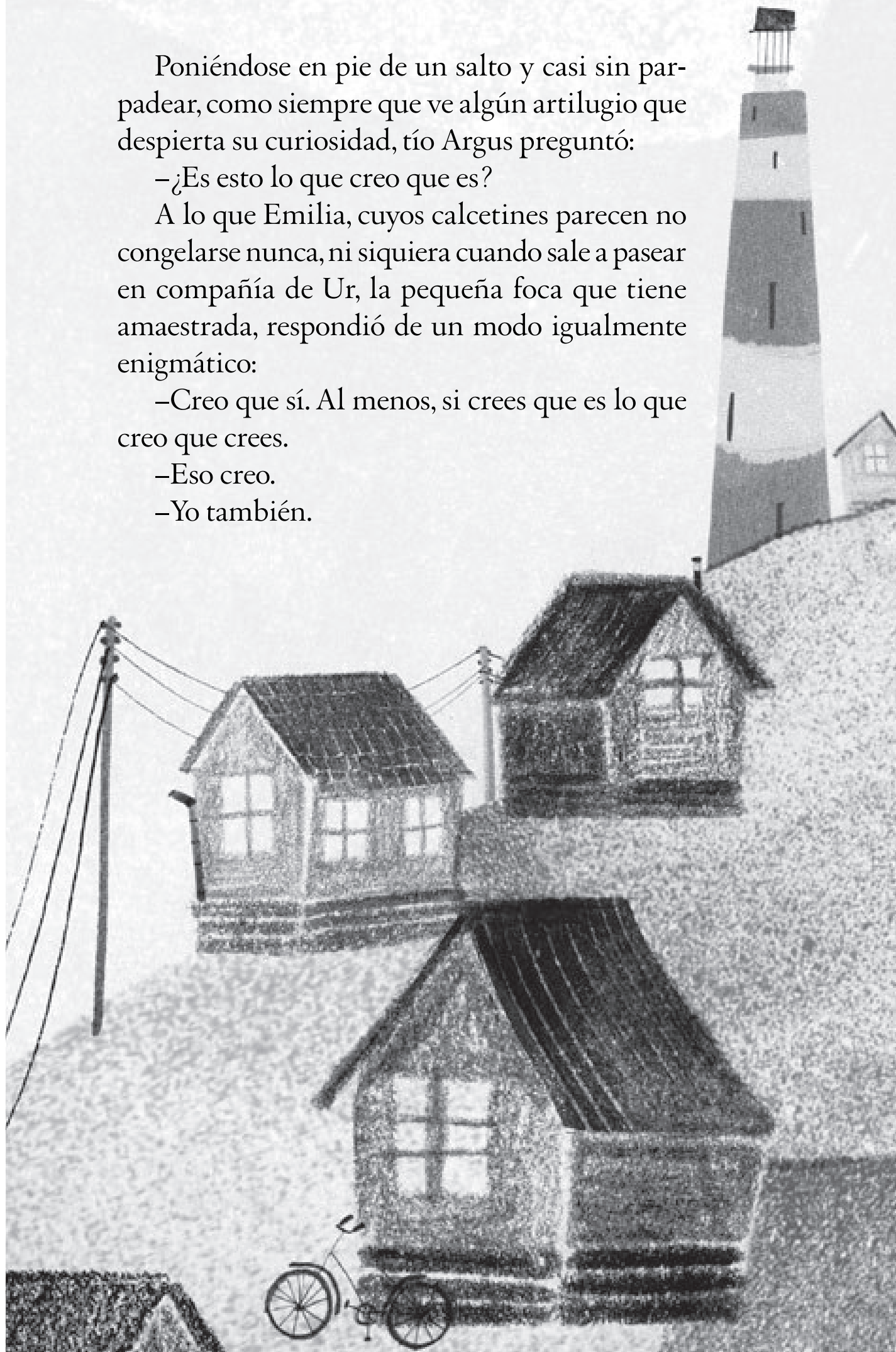
–¿Es esto lo que creo que es?

A lo que Emilia, cuyos calcetines parecen no congelarse nunca, ni siquiera cuando sale a pasear en compañía de Ur, la pequeña foca que tiene amaestrada, respondió de un modo igualmente enigmático:

–Creo que sí. Al menos, si crees que es lo que creo que crees.

–Eso creo.

–Yo también.



En este punto decidí intervenir.

–¿Y qué es lo que creéis los dos que el otro cree que cree?

–Un poliorama, Lila –dijo tío Argus–. ¡Un poliorama panóptico!

Me quedé igual. Después de todo, ¿qué diablos era un poliorama panóptico y para qué servía?

–¡Ven, echa un vistazo! –me dijo él, tendiéndome la caja.

Descubrí que apenas pesaba. Algo desconfiada, guiñé un ojo y puse el otro, bien abierto, ante la mirilla. Dentro, todo estaba oscuro.

–No se ve nada. Estará estropeado.

–¡Es que no lo estás haciendo bien! –se burló Emilia–. Te enseñaré cómo funciona.

Esta vez, mientras yo volvía a mirar a través de la lente, ella levantó una pequeña trampilla camuflada en la parte superior de la caja. Un rayo de luz cobriza, procedente de la chimenea, se coló por aquella ranura entreabierta, iluminando con suavidad una lámina colocada en su interior.

–¿Qué tal ahora? –me dijo.

–¡Veó un atardecer!

Así era. Ante mí, pintado con delicadas acuarelas, veía un sol poniéndose sobre un hermoso paisaje marino. Pero ¿para qué hacía falta la caja? Hubiese podido ver el paisaje igualmente sin ella. Estaba a punto de decirlo cuando Emilia cerró la trampilla superior y abrió otra situada tras la lámina, en el extremo opuesto a la mirilla.

No la abrió más que una rendija, pero el efecto de la tenue luz atravesando aquel papel tan fino fue asombroso.

El paisaje entero se transformó. Sus colores se volvieron más intensos, especialmente el del sol, que pasó de un amarillo oscuro a un naranja más vivo. Y eso no fue todo. Cuando Emilia abrió unos centímetros más la trampilla, se hicieron visibles en aquel cielo pintado pequeñas chispas de luz allí donde el papel estaba cuidadosamente perforado para simular las estrellas.

Le cedí el poliorama a tío Argus, que no lograba ya contener su impaciencia.

–¿Qué es Opalina, dónde está? –pregunté, mientras admiraba los distintos paisajes marinos que Emilia estaba sacando de un estuche forrado de la misma tela que la caja y con una elegante H laureada impresa en su frente.

Ella, con uno de aquellos atardeceres en la mano, habló con voz soñadora.

–Es la capital de un pequeño país, Parvus, que está mucho, mucho más al sur de Groenlandia –dijo. Luego sonrió–: ¡Aunque casi todo está más al sur de Groenlandia!

Tío Argus dejó de mirar a través de la lente y se tiró del bigote suavemente, que es lo que hace cuando piensa intensamente.

–Opalina –repitió–. No, no me suena, creo que nunca he oído hablar de ese lugar.

–Pues a partir de ahora deberías recordarlo –le aseguró Emilia–. Yo nunca he estado allí, pero Opalina tiene fama de ser tan hermosa como Venecia, París o Estambul. Una ciudad de ensueño. ¡La Perla de Occidente! ¡La Joya del Mar de Parvus! Así la llaman. Su faro es uno de los más antiguos del mundo, y todas las casas tienen un balcón de madera tallada que mira hacia el mar. ¿Sabéis por qué? Porque sus atardeceres son los más bellos del mundo.

Se había sentado de nuevo en su sillón y miraba hacia el fuego, como si se hubiese olvidado de los calcetines tendidos ante él y tan solo pudiese ver en las llamas la ciudad que estaba describiendo.

–Al menos eso contaban mis padres –dijo, saliendo de su ensimismamiento–. Ellos fueron a Opalina de luna de miel y aseguraban que no había un lugar más romántico. Fue allí donde compraron este poliorama. Cuando lo miraba, mi madre siempre nos decía que alguna vez volveríamos todos juntos. «¡Unas verdaderas vacaciones!», decía. Pero al final nunca llegamos a hacerlo.

–Unas verdaderas vacaciones... –oí que repetía tío Argus para sí.

Sabiendo que cuando pone esa voz algo está tramando, le miré con recelo.

–¿Te das cuenta, Lila, de que nunca hemos ido de vacaciones? –dijo él.

No, yo no me había dado cuenta. ¡Es lo que ocurre cuando tu tío es inventor y pasas la mayor parte del tiempo viajando para visitar a amigos, investigar asuntos, idear nuevos artilugios y satisfacer cualquier tipo de curiosidad que nos asalte!

–Nosotros somos viajeros, sí –insistió él, en respuesta a mi silencio–, pero nunca hemos sido turistas. ¿No te gustaría probarlo? ¡Unas «Verdaderas Vacaciones»! No hacer nada, tumbarse al sol, sin pasar ni pizca de frío, sin aludes ni ventiscas, solo viendo hermosos atardeceres...

Lo único que pude pensar es que no parecía un camino rápido para regresar a casa.

–En Coto Redondo también hay atardeceres –aseguré–. Y son muy bonitos.

–Sí, sí, por supuesto... muy bonitos –dijo él. Y durante unos minutos no añadió nada más.

Tal vez, pensé, estaba recordando nuestra estufa o quizá de pronto añoraba su cobertizo. Pero, si fue así, pronto otra idea borró esos pensamientos.

–Sin embargo, Lila, en Coto Redondo no hay barcos, ni balcones tallados, ni el faro más alto...

–¡Está el bote de Maud!

–Sí, sí, está el bote de Maud, aunque con él solo podemos navegar por la Laguna del Sapo... En cambio, en Opalina nos llevaría un capitán, y como seríamos turistas, no tendríamos que hacer nada, solo estar allí. ¿No te parece un plan magnífico?

–Pero, tío Argus –protesté, echando mano de mi último recurso–, ¡míranos! ¡No llevamos la ropa adecuada para hacer de turistas!

–¡Eso es lo mejor, Lila! ¡Los turistas no necesitan casi ropa! –respondió él, radiante–. ¡Olvídate de abrigos, bufandas, orejeras y botas! ¡Y, sobre todo, de calcetines congelados! Para unas Verdaderas Vacaciones solo necesitaremos camisas ligeras, pantalones cortos, sombreros de paja y un par de sandalias.

Cuatro semanas después, en la frontera de Parvus, ese era exactamente el aspecto que teníamos. Y he de decir que mientras cruzábamos las últimas montañas, quedándonos helados cuando caía la noche y arrastrando las sandalias entre zarzas y rocas, repetí una y otra vez a mi tío que no encontraba ninguna diferencia entre disfrutar de unas Verdaderas Vacaciones y las semanas pasadas en Groenlandia.